

acto de certeza; 3.º el escéptico, bien que absolutamente hablando, pudiera espresar una serie de dudas sin certeza alguna, diciendo por ejemplo: ¿quién sabe si me parece que me parece? etc.; no obstante acostumbra usar espresiones que envuelven alguna certeza: dudo, me parece, admitimos, confesamos, etc.; 4.º es inconsecuente el escéptico por admitir el nómeno de la apariencia, y dudar de otros muchos no ménos evidentes que aquél.

CAPÍTULO XVIII

Falta de fundamento en el escepticismo.—Imposibilidad.—Insubsistencia de los fundamentos relativos al objeto

I

Reprobable es el escepticismo por su mucha inconsecuencia, y no lo es ménos por la falta de sólido y suficiente fundamento.

Podemos considerar esta última cuestion bajo el punto de vista de la posibilidad y bajo el del hecho. Colocados en el primer punto de vista, encontramos que no es posible un fundamento sólido y suficiente para el escepticismo en general, ni tampoco en especial para el escepticismo que sólo admite el fenómeno ó apariencia. Colocados en el segundo punto de vista, descubrimos que no se ha encontrado fundamento sólido, y que no resiste un exámen serio ninguna de las razones aducidas por los escépticos antiguos ó modernos. La solucion á que llegamos en uno y otro punto de vista, es armónica, por cuanto la imposibilidad del fundamento incluye el hecho de su falta; al paso que éste confirma aquella imposibilidad. Estudiada y sostenida durante muchos siglos la doctrina especial del

escepticismo por filósofos de no escaso ingenio y aplicacion, si hallarse pudiera un fundamento sólido para la misma, indudablemente se hubiera hallado.

Y en verdad no puede hallarse tal fundamento. En primer lugar, el escepticismo no puede tener un fundamento bastante á engendrar la certeza de su verdad. Segun lo dicho en el capítulo anterior, todo escepticismo encierra en sí como legítima consecuencia un escepticismo universalísimo. Así es que lleva en sí mismo el gérmen de una duda estendida á todas las cosas y á todos los aspectos de las mismas, y por esto estendida á todas las doctrinas, inclusa la escéptica. Toda vez que la duda legítima supone falta de fundamento suficiente en la doctrina sobre la cual recae, el escepticismo que incluye el gérmen de la duda tocante á sí mismo, incluye tambien la falta de fundamento suficiente. Así, pues, el escepticismo no puede tener un fundamento bastante á engendrar la certeza de su verdad.—Decir que el escepticismo puede ser una doctrina cierta equivale á decir que la contradiccion puede ser una realidad. Porque el escepticismo, por ser tal, incluye falta de fundamento; y si fuese doctrina cierta, lo tendría suficiente: fuera á un tiempo doctrina bastante fundada, y no lo fuera.

En segundo lugar, el escepticismo no sólo no puede ser una doctrina cierta, pero ni siquiera puede tener un fundamento sólido que lo haga doctrina probable. El escepticismo comprende tres cosas: el sujeto que duda, el objeto del cual se duda, y la relacion entre uno y otro, que aquí es la duda misma, la falta de adhesion firme. Si el escepticismo pudiera tener sólido fundamento, habría de tenerlo por parte de alguna de estas tres cosas que lo constituyen. Ahora bien: tanto el sujeto como el objeto y su mutua relacion se oponen al escepticismo, léjos de servirle de fundamento. El sujeto tiene facultades perceptivas, intelectuales y deductivas, con las que produce actos de conocimiento evidente, generadores de la certeza; muchos objetos de una ú otra manera se presentan al sujeto, y son aprehendidos ó alcanzados por él; de manera que el sujeto no queda aislado, sinó que inmediata ó mediatamente se pone en contacto con el objeto, y se halla con él en la relacion

de adhesión firme. Estos hechos son manifiestos, y nadie puede negarlos razonablemente.—Y estos hechos son constantes y universales: se verifican hoy como se verificaron un siglo atrás; se verifican en mí como en los demás hombres de la actual y de las pasadas generaciones. Por donde venimos á entender que no son hechos casuales, sino que están fundados en la naturaleza y en el orden de los seres que componen el universo. El sujeto y el objeto de tal manera constituidos y ordenados que engendran en nosotros la relación de certeza, no pueden llevarnos al escepticismo, ni servirle de sólido fundamento.

Además y en tercer lugar, este fundamento, si lo tuviese, debiera el escepticismo hallarlo en uno de los tres momentos, empírico, abstractivo y deductivo. Estando en ellos contenido todo nuestro conocimiento, á los mismos habría de reducirse cualquier razón favorable al escepticismo. En ninguno de ellos puede encontrarse; porque en los tres se encuentra el principio de la certeza. En el momento empírico hay percepciones; en el abstractivo, contemplación intelectual; en el deductivo, raciocinio evidente: en los tres, aprehensión ó evidencia en sentido lato. Siendo ésta el principio de la certeza, no puede en aquellos momentos encontrar apoyo el escepticismo. Los hechos que en esta razón aducimos, son tan manifiestos, constantes y universales como los de la razón anterior, y por lo tanto suministran un argumento de igual peso contra el escepticismo.

Á estas razones dirigidas contra el escepticismo en general, añadiremos otra especial contra el escepticismo que se limita á la admisión de las apariencias. Semejante escepticismo debiera encontrar el fundamento sólido en el nómeneo ó en el fenómeno; y no puede encontrarlo en ninguno. No en el nómeneo, porque para esto debiera serle conocido, y según esta doctrina escéptica le es inaccesible. No en el fenómeno, porque éste es insuficiente para dar sólido fundamento á la realidad. Como la apariencia tiene lugar sin la realidad de la cosa aparente, según es de ver en los sueños y en el delirio, no basta para deducir de ella la realidad de la cosa fenomenal.

Consistiendo la verdad en la realidad, la doctrina escéptica de que tratamos sería verdadera en cuanto fuese real. Esta realidad habría de deducirse de otra realidad; pero de los fenómenos nunca podrá deducirse más que su apariencia. Y así concretada esta doctrina escéptica á los fenómenos, á lo más podría llegar á la apariencia de su verdad, con lo cual ciertamente no habría encontrado ningún sólido fundamento.

II

Después de haber considerado la imposibilidad, pasemos á examinar el hecho de la falta de fundamento. Para esto espondremos las principales razones aducidas por los escépticos tanto antiguos como modernos á favor de sus doctrinas. Nos contentaremos con exponer las principales; porque no bastando ellas para dar sólido fundamento al escepticismo, tampoco servirán las que tengan menos importancia y valor.

Reduciremos estas razones á tres clases, ya que todas ellas se refieren á una de las tres cosas contenidas en el escepticismo, conviene á saber: el objeto, el sujeto y la relación entre uno y otro. Esta es la clasificación que también se encuentra en las *Instituciones pirrónicas* de Sexto Empírico (1).

Comenzando por las razones que se refieren al objeto, espondremos dos, de las cuales la primera estriba en la mudanza continua de los seres finitos, y la segunda en su mezcla ó confusión.

Montaigne en sus *Ensayos* alega la primera razón, sosteniendo que todas las cosas están cambiando continuamente, y entendiendo este cambio no sólo de los actos y propiedades accidentales, sino también de la sustancia ó esencia misma de las cosas. Á cuyo fin recuerda las doctrinas de Heráclito y de Epicarmo, de los cuales el primero decía que jamás hombre

(1) Lib. I, cap. 14, págs. 23, 24, ed. cit.

ha entrado en un mismo arroyo, y el segundo enseñaba que quien tomó dinero prestado, no lo debe ahora, y que quien fué convidado ayer, no asiste hoy al convite; fundándose uno y otro en la mudanza y transformacion continua de los seres. Trae tambien á la memoria que Platon aplaudía el que Homero hubiese hecho padres de los dioses al Océano y á Tétis para significar de este modo el cambio perpetuo de todas las cosas. Con este cambio junta Montaigne el del sujeto que piensa; y de todo esto concluye que nada puede saberse de cierto (1).

El que examine atentamente este argumento de Montaigne, no necesitará mucha sagacidad para descubrir que en él se exagera la mudanza de las cosas finitas. Es verdad que éstas cambian con frecuencia bajo muchos aspectos; mas no lo es que cambien de un modo constante y universal. Hay gran trecho de la mudanza parcial que realmente se observa, á la mudanza universal consignada en el argumento de Montaigne.

Que esta mudanza universal y perpetua es un hecho fantástico, se desprende de lo que pasa en los escépticos mismos. Ábranse sus escritos, y en ellos se encontrarán consignados ciertos hechos generales, como el de la mudanza de los seres, el de las ilusiones de los sentidos, el de los errores del entendimiento humano; se verán tambien muchas deducciones ó racionios en los argumentos escogitados para la defensa del escepticismo. Además, en tales escritos se halla reunido el fruto de los prolongados estudios que han sido necesarios para llegar

(1) ...Il n'y a aulcune constante existence, ny de nostre estre, ni de celuy des obiects; et nous et nostre iugement, et toutes choses mortelles, vont coulant et roulant sans cesse; ainsi il ne se peult establir rien de certain de l'un à l'autre, et le iugeant et le iugé estants en continuelle mutation et bransle.

Platon disoit que les corps n'avoient iamais existence, ouy bien naissance; estimant que Homère eust fait l'Océan pere des dieux, et Thetis la mere, pour nous montrer que toutes choses sont en fluxion, muance et variation perpetuelle; opinion commune à tous les philosophes avant son temps, comme il dict, sauf le seul Parmenides, que refusait mouvement aux choses... Heraclitus (disoit) que iamais homme n'estait deux fois entré en mesme riviere: Epicharmus, que celuy qui a iadis empruntté de l'argent, ne le doit pas maintenant. et que celuy qui cette nuict a esté convié a venir ce matin disner, vient aujourd'huy non convié, attendu que ce ne sont plus eulx, ils sont devenus aultres.» (Montaigne: *Essais*; t. I, págs. 380, 381, ed. Hachette, 1877).

á la profesion científica del escepticismo. Estos hechos indudables no se hubieran verificado, ni pudieran verificarse, á ser verdadera la mudanza universal y perpetua de los seres. En este caso el escéptico que observara un hecho particular, no sería el que despues observase otro hecho particular de la misma clase, ni tampoco el que los comparase para llegar al conocimiento del hecho general. El que asentase las premisas, habría dejado de existir cuando llegase el momento de la deduccion; y el que empezara á devanarse los sesos en estudios filosóficos, no viviría para continuarlos y publicar su resultado. Así, pues, verificándose el conocimiento de hechos más ó ménos generales, el hecho de racionar, y el de compilar en escritos el resultado de estudios filosóficos, es imposible la mudanza universal y perpetua de los seres, con la cual aquellos hechos son inconciliables.

Dicha mudanza está desmentida por la observacion interior y exterior. Observándonos á nosotros mismos, percibimos nuestro Yo, el mismo hoy que ayer y que veinte años atras, el mismo en la vejez decrépita que en los albores de la razon, el mismo en medio de incesante cambio de pensamientos, afectos y representaciones imaginarias. Percibimos la permanencia de nuestra vida intelectual y moral; y entre nuestros actos que se empujan y suceden unos á otros como una oleada sucede á otra oleada, notamos la perseverancia en ciertas ideas y sentimientos, como tambien en la aspiracion y direccion á un fin determinado.

Si de la observacion interior pasamos á la exterior, encontramos innumerables objetos que permanecen los mismos durante largo tiempo. No tenemos los sentidos esternos limitados á la percepcion de los actos y de las cualidades variables de los cuerpos, sinó que percibimos los cuerpos mismos, los seres que son el sujeto de tales actos y propiedades. De esto tenemos evidencia y una conviccion tan profunda que nadie es capaz de desarraigarla. Vemos que estos objetos exteriores permanecen los mismos durante todo el tiempo de su existencia; y con nuestro modo de hablar lo damos á entender nosotros y los escépticos mismos, diciendo á cada paso que el libro, la planta,

el mineral que vemos ó tocamos hoy, los hemos visto ó tocado días, meses ó años ántes.

Ademas de la permanencia de los cuerpos mismos observamos tambien, ya la de sus propiedades físicas, ya la de las leyes á que están sujetas las combinaciones químicas, y las relaciones de unos cuerpos celestes con otros.

Esto por lo que hace á los individuos. Si tratamos de las especies, vemos asimismo su permanencia durante muchos siglos. Todo el tiempo de nuestra vida podemos observar especies de plantas y animales, cada una de las cuales conserva de un modo permanente su organizacion y caracteres peculiares. Si estendemos nuestras miradas más allá de nuestra vida, y consultamos los libros de los que han descrito especies animales, y sobre todo las momias conservadas en Egipto, veremos que varias especies de animales han permanecido sin mudanza por espacio de algunos miles de años. Y si nos remontamos á la incalculable serie de siglos trascurridos ántes de los tiempos históricos, encontramos en los estratos examinados por la paleontología los restos de muchas especies animales que durante larguísimos períodos, tal vez durante millones de años, han permanecido las mismas sin variacion esencial.

Á estas dos razones podemos añadir la de que la mudanza continua de los seres, áun cuando fuese una verdad, no destruiría la certeza, ni favorecería el escepticismo. Fundándose la certeza en la evidencia, y estando el hombre dotado de facultades perceptivas é intelectuales, aunque variase continuamente, pudiera durante el exiguo tiempo de su existencia tener conocimientos evidentes y ciertos. Los objetos que en el único momento de su existencia fueran alcanzados por las facultades perceptivas ó intelectuales, serían conocidos con certeza y evidencia. Si yo no existiese más que en el momento *A*, y entonces tuviera percepcion de mí mismo ó de la casa en que habito, aunque yo y la casa nos transformáramos luégo en otros seres, en el momento *A* habría tenido conocimiento cierto, evidente de mí mismo y de la casa, cuales habríamos sido en nuestra fugaz existencia.

La mudanza continua de los seres no aboliría la certeza,

pero sí multiplicaría en gran manera el número de sujetos inteligentes y de objetos conocidos. Si cada sujeto inteligente y cada objeto conocido estuvieran en continua transformacion, en vez de uno habría miles. La multiplicacion de los objetos no ensancharía el conocimiento de los seres inteligentes, limitados á una existencia de cortísima duracion. Ésta unida á la real limitacion de las facultades del hombre, haciendo imposible la comparacion, el racionio y la perseverancia en un órden de ideas y sentimientos, le incapacitaría para los altos fines científicos, religiosos y morales. Esa vida raquíta, mas no el escepticismo, sería el resultado de la continua mudanza de los seres.

III

Á esta pretendida mudanza añaden los escépticos la mezcla ó confusion de los objetos. Sexto Empírico en sus *Instituciones pirrónicas* ha presentado esta confusion como una de las diez razones alegadas por los antiguos escépticos para demostrar la necesidad de contener el asentimiento. Dice que los objetos no se presentan puros á nuestras facultades cognoscitivas, sinó mezclados con otras cosas; de lo que resulta confusion é incertidumbre tocante á la naturaleza de los objetos. Los que caen bajo los sentidos, están sujetos á dos mezclas, una exterior y otra interior: á la primera están sujetos á causa del medio en que se hallan colocados ó que deben atravesar para hacer impresion en el sentido; á la segunda, por razon de la estructura, membranas y humores de los órganos sensorios. Variando mucho una y otra mezcla, aunque los objetos permanezcan los mismos, han de aparecer de muy diferente manera, ora á un mismo sujeto, ora á sujetos diferentes. Así, el color se presenta diferente segun la temperatura del aire; de un modo se oye una misma voz en espacios dilatados y rectos, y de otro en lugares angostos y tortuosos; todos los objetos aparecen pálidos á los que padecen de la ictericia.—La confusion que por esto se origina en el sentido, ha de trascender al entendimiento, toda

vez que éste debe apoyarse en los actos de aquél. Añádase á esto que el entendimiento tal vez mezcla tambien otras cosas estrañas con las apariencias de los sentidos; puesto que no está libre de humores ninguna de las partes del cuerpo considerada como asiento suyo por los dogmáticos. De la confusion engendrada en el sentido y en el entendimiento resulta que nosotros no podemos afirmar cuáles sean las cosas, sinó cuáles nos aparecen en estas ó aquellas circunstancias (1).

Á esta razon podemos responder de dos modos. El primero es semejante al de la respuesta á la primera razon fundada en la mudanza de los seres; por lo cual nos contentaremos con algunas indicaciones.

No se ha de negar la confusion que en algunos casos se verifica en los objetos, pero sí el que se verifique en todos. De lo particular se pasa á lo universal sin principio alguno que justifique semejante induccion.

Tambien respecto de esta segunda razon los escritos mismos de los escépticos son una prueba concluyente de que sólo en algunos casos se verifica la confusion. Á no ser esto así, ¿cómo pudiera Sexto Empírico presentar el objeto de su obra con tanta claridad y precision, clasificar los sistemas relativos á la certeza, distinguir el suyo de los demas, esponer las diez razones en que pretende apoyarlo, alegando hechos y principios bien concretos que les sirvan de punto de partida? Seme-

(1) Sextus autem modus est ex admisionibus, ex quo inferimus, quum nullum subjectum sub sensus nostros ipsum per se cadat, sed cum aliquo, qualis quidem sit permistio, et ex externo et ex eo quorum cernitur posse nos fortasse dicere; quale autem sit externum subjectum pure et sincere, nequaquam dicere posse. Nihil autem eorum quae sunt extrinsecus, per se sub sensum cadere, sed omnino cum aliquo (ex quo fit ut diversum contemplantibus appareat), manifestum esse arbitror. Nam color noster in calido aëre cernitur diversus ab eo qui in frigido cernitur... Ut autem etiam externam admisionem omittamus, oculi nostri in se ipsis habent et tunicas et humiditates. Visibilia igitur quia absque his cernere non possumus, non percipientur exacte et pure, cum admistione enim percipimus; ac propterea ictericis quidem omnia pallida videntur esse... Item quia eadem vox alia apparet in patentibus locis et planis, alia in angustis et tortuosis... Sed nec ipse intellectus percipit ob hanc potissimum causam, quod sensus duces ipsius errent: fortasse et ipse iis quae a sensibus nuntiantur, proprie quaedam admiscet. In singulis enim locis ubi mentis sedem esse Dogmatici opinantur, humores quosdam adesse videmus... (Pyrrhon. Instit., l. I, cap. 14, págs. 57, 58, ed. cit.).

jantes hechos son de todo punto incompatibles con la general confusion de los objetos de nuestro conocimiento.

Aquí, como en la cuestion de la mudanza de los seres, la observacion tanto interna como esterna es contraria á los escépticos. Cada cual se siente á sí mismo sin confundirse con ninguno de sus semejantes, y percibe sus actos sin confundir los de una clase con otra. ¿Acaso hay alguno que atribuya sus actos á otro hombre; y que cuando ve un objeto, diga por esto solo que se complace en él, que lo desea ó que lo aborrece? Los objetos exteriores en innumerables casos los percibimos con toda claridad y distincion con sus variadas formas, colores y relaciones de unos con otros. La física y la química pueden sin temor de ser desmentidas afirmar con toda seguridad muchas propiedades de los cuerpos simples y de los compuestos.

Suponiendo que fuese verdadera la pretendida mezcla y confusion de los objetos, no por esto nos veríamos precisados á una duda universal; puesto que á lo ménos podríamos afirmar nuestros actos y los objetos en confuso. Haríamos lo que hacemos ahora cuando en ciertos casos de verdadera confusion por la mucha distancia ó escasa luz, afirmamos que vemos un objeto, pero que no distinguimos si es un árbol ó un hombre.

Esta es la primera respuesta que damos al segundo argumento de los escépticos; y á ella añadimos otra fundada en las condiciones necesarias para la percepcion, y en la division de los sentidos en perceptivos y afectivos. Ninguna de estas dos doctrinas es tenuta en cuenta por el escepticismo al presentar su segundo argumento. Hemos indicado ya las condiciones que para la percepcion esterna son necesarias en el objeto, en el medio y en el órgano corporal. Atendiendo á ellas, vemos, por ejemplo, que quien padece de la ictericia no tiene en el órgano de la vista la debida disposicion para percibir los objetos. Á este tal el color de los objetos le *aparece*, pero no es realmente *visto* por él; al paso que lo es por otro que reuna las debidas condiciones.

Tambien hemos dicho ya que de los sentidos unos son perceptivos, y otros afectivos. Por medio de estos últimos no percibimos el objeto, sinó que tenemos afecciones ó sensacio-

nes. Á éstas las percibimos por medio del sentido íntimo; y de la existencia de las mismas deducimos que han sido causadas por tal ó cual objeto. Al afirmar nuestras sensaciones, no nos equivocamos, porque las hemos percibido, y sabemos que lo percibido es verdadero. Al atribuirles el carácter de efecto, tampoco nos equivocamos, porque sabemos que tiene tal carácter todo cuanto empieza á existir. Cuando tratemos de señalar precisamente el objeto del cual sea efecto nuestra sensación, podemos errar fácilmente si no tenemos en cuenta los objetos que puedan producirla ó influir en su producción. Si un enfermo que tiene viciado el paladar toma una bebida dulce, y encontrándola amarga, lo echa á la bebida, se equivoca por no tener en consideración más que un objeto y prescindir de la influencia de otros. Si en vez de fijarse no más que en la bebida, considerase la influencia que en las sensaciones puede tener la indisposición de su paladar, no caería en error, pues se contentaría con decir que él *encuentra* amarga aquella bebida, pero que tal vez no lo es.

La atención á estas dos consideraciones basta para desvanecer la dificultad puesta de relieve por Sexto Empírico. Si un objeto nos aparece de una manera hoy y de otra mañana, de una manera á nosotros y de otra á los demás; podremos atender á las condiciones necesarias para la verdadera percepción, y saber en cuál de los casos ha tenido lugar, y en cuál hemos alcanzado los objetos en su realidad. Si al aplicar un objeto á nuestros sentidos, no experimentamos siempre la misma sensación, ó la experimentamos distinta de la que otros experimentan, podremos atender á los diversos objetos que influyan en ella, y saber á cuál objeto hemos de atribuirlo como á su causa. Así conociendo, á lo ménos en muchos casos, la verdadera percepción y las verdaderas causas de las sensaciones, desaparece el motivo de duda y el fundamento del escepticismo.

CAPÍTULO XIX

Insubsistencia de los fundamentos relativos al sujeto

I

Demostrada la insubsistencia de los fundamentos relativos al objeto, pasemos á probar la de los que se refieren al sujeto.

En el terreno subjetivo pretenden los escépticos hallar para su doctrina los seis fundamentos siguientes: 1.º falta de criterio de la verdad; 2.º comienzo de nuestro conocimiento en los sentidos; 3.º impotencia de nuestras facultades cognoscitivas; 4.º progresos de la ciencia; 5.º errores en que cae el entendimiento humano; 6.º universal divergencia de opiniones.

Tanto Sexto Empírico como Montaigne aducen á favor del escepticismo la falta de criterio de la verdad. El primero de estos dos escépticos dice que si tan sólo se afirma la existencia del criterio sin demostrarla, con el mismo derecho podrá negarse: con lo cual se engendrará la duda en nuestro entendimiento. Si se pretende demostrarla, se necesita ya un criterio para esta demostración: y así se incurre en un círculo vicioso, apoyando el criterio en la demostración y la demostración en el criterio. — Además, no es uno solo, sino que son muchos los criterios que han sido defendidos, ora por estos, ora por aquellos dogmáticos. Cada uno de estos criterios viene á ser parte en el litigio, y tiene necesidad de otro juez que declare sus derechos. Así que ninguno de ellos puede servir para encontrar la verdad.—Pudiera creerse que para conocer el verdadero criterio sirven la edad, la aplicación, el talento ó el número de los que lo defienden, pero esto fuera caer en lamentable error. No sirve la edad, porque